

2-222-5

EL SANTO CRISTO
DE
MARIA STUART

QUE HOY PERTENECE

A
S. M. LA REINA REGENTE

NOTICIAS Y DOCUMENTOS REUNIDOS

POR

D. FRANCISCO R. DE UHAGÓN

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

(De la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos»)



MADRID-1901

Ayuntamiento de Madrid

FM 2412

FM2412

EL SANTO CRISTO

DE

MARIA STUART

51

EL SANTO CRISTO
DE
MARÍA STUART

QUE HOY PERTENECE

A

S. M. LA REINA REGENTE

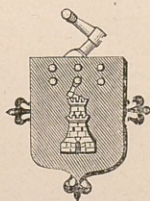
NOTICIAS Y DOCUMENTOS REUNIDOS

POR

D. FRANCISCO R. DE UHAGÓN

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

(De la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos»)



Reg.º 6. 905.

MADRID—1901

Ayuntamiento de Madrid

AL REVERENDO PADRE LUIS COLOMA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

No olvidé ciertamente el reiterado deseo y el encarecido ruego que tuvo á bien s. r. hacerme una apacible tarde del pasado estío, en que discurríamos tranquilamente por las frescas umbrías vecinas al balneario de Cestona, charlando de nuestra común afición á libros y papeletes.

Contábame v. r. su propósito, puesto ya en práctica, de vulgarizar entre las gentes la historia, por todo extremo interesante y patética, de aquella bellísima y desventurada Reina de Escocia, María Stuart, que tan alto ejemplo dió de su arraigo y de firmeza en sus creencias católicas, despreciando su regio nacimiento, los esplendores del trono y hasta el desamor de su único hijo, para sufrir muerte afrentosa en vil patíbulo en aras de la religión de sus padres, de la fe de nuestro Dios.

Bien decía v. r. que este sublime martirio ha sido referido hasta la saciedad en multitud de libros, historias, relatos, novelas, poesías y dramas: nada nuevo se propone, pues, enseñar á académicos ni á doctos; pero juzgaba, y con razón sobrada, útil y provechosa la labor comenzada de difundir su conocimiento poniéndole al alcance de todas las inteligencias y de todas las edades para eterna admiración de cristiana y fervorosa piedad.

Refirióme v. r. que con motivo de esta publicación en curso, había merecido de la bondad de nuestra Reina Regente la ocasión de admirar, con tanta veneración como sorpresa, la cruz de oro que pendiente del cuello llevaba la Reina mártir cuando fué decapitada; reliquia que

ignoraba poseyese Doña María Cristina, y que encerrada en labrado y rico marco, vela y guarda su sueño en la cabecera del regio lecho.

Por una inscripción grabada á espaldas del relicario, se sabe fué donación á la Reina del Tribunal de las Ordenes (á quien vino de las Comendadoras de Santiago de Valladolid), con motivo de sus bodas con el Rey Alfonso XII; vaga indicación que ni autenticaba la reliquia, ni explicaba el cómo, cuándo y por qué había estado en poder de aquella comunidad.

Excitada en sumo grado la religiosa curiosidad de su egregia poseedora y la de v. r. en su doble calidad de historiador y sacerdote, me pedía con empeño revolviese los legajos y registros del Archivo de las Ordenes, para depurar la interesante historia de tan inestimable joya.

Ambos recordábamos los sabidos pormenores, muy frescos en su memoria, no borrados de la mía, de la siniestra mañana en que dejó de existir la Reina María, y estaba v. r. en lo firme al asegurar que la reliquia sólo pudo ir á parar á manos de Juana Kennedy ó á las de Isabel Curle, únicas damas de honor que la ayudaron en sus últimos momentos.

Todos los autores convienen en este punto; pero el Barón Kervyn de Lettenhove, que después de serios y profundos estudios en todos los archivos de Inglaterra, Escocia y Francia, publicó en 1889 un concienzudo y erudito libro titulado *Marie Stuart: L'œuvre Puritaine. Le Procès. Le Supplice*; añade interesantísimos detalles á los ya conocidos, y señala la persona á quien regaló la cruz.

«Tan pronto, dice, María Stuart se golpeaba humildemente el pecho con su crucifijo, como besaba con respeto la cruz que llevaba pendiente de una cadena de oro.»

Cuando el verdugo intentó ayudarla en sus últimos aprestos, «dejadme, le dijo, que no estoy acostumbrada á tales criados, ni á desnudarme en tan numerosa compañía.» Comenzó ella misma á quitarse los alfileres de su tocado, é hizo una seña á Juana Kennedy y á Elspeth Curle para que subiesen al cadalso y la ayudasen por última vez. Las dos obedecieron con premura, pero no podían contener sus sollozos. «No lloréis, las dijo la Reina con cariño; me considero feliz al abandonar este mundo: debiérais alegraros de verme morir por una causa tan buena.» Y como

Juana Kennedy, sin escucharla, lloraba cada vez más, *le enseñó la cruz de oro, húmeda todavía de sus besos, y prometió dejársela.*

Algunos meses después del drama de Fotheringay llegaban á la corte del Rey de Francia para acogerse á su amparo los fieles servidores, los leales amigos que no abandonaron á su Reina y señora mientras su largo cautiverio, ni en su desastrosa muerte: Nau y Curle, sus secretarios; el cirujano Bourgoing; Gorion; Elspeth Curle y Juana Kennedy, sus dos doncellas de honor.

La primera vivía en 1592 en Mons y acabó sus días en Amberes, donde fué sepultada con su compañera Barbe Mowbray en un mausoleo adornado con la efigie de María Stuart y una inscripción latina indicativa de que tras un cautiverio de diez y nueve años, sufrido por la causa de la religión, había padecido el martirio por la perfidia de la Reina de Inglaterra y el odio de los puritanos del Parlamento. Algunas palabras recordaban que Elspeth Curle había asistido á su suplicio, recibiendo su último beso.

Juana Kennedy, la que recibió la cruz, que en mi sentir fué á parar á la Casa Real de Francia, casó á su regreso á Escocia con el antiguo mayordomo de la víctima, Andrés Melvil, y pereció en una tempestad al ir á acompañar, precediéndola, á otra Princesa que se coronaba por Reina de Escocia.

En cuanto atañe y se refiere á la historia de la preciosa reliquia en nuestras Ordenes militares, insertos verá v. R. cuantos documentos me ha sido dado encontrar. Ellos prueban, á mi entender con toda suficiencia, que nuestra augusta y piadosa Soberana pueda gloriarse de poseer la cruz santa que recibió las últimas palpitaciones, los postrimeros besos y las postreras lágrimas de aquella insigne y valerosa mártir, de quien dijo un poeta italiano, Maffeo Barberini, que fué luego el Papa Urbano VIII:

«¡Oh Reina! Si el hacha ha cortado tu inocente cabeza, si los honores á tu realeza debidos han faltado en tus funerales, regocíjate y que la Escocia deje de llorar. Otras pompas hay que honran mejor tu muerte. A falta de muros cubiertos de ricas tapicerías, una profunda noche se extiende sobre toda la tierra; en defecto de cirios funerales, veo brillar para tí las estrellas todas del firmamento; si te faltaron lúgubres salmodias,

ya escucho el coro de ángeles saludando con sus cánticos tu féretro glorioso (1).»

Profético simbolismo el de la divisa escogida y usada por la Reina:

Mors via ad astra .
«*En mi fin está mi principio.*»

Reciba indulgentemente v. R. estos desaliñados apuntes en prenda de la amistosa obediencia y del afecto respetuoso que le tiene y que le guarda su devotísimo q. l. b. l. m.

FRANCISCO R. DE UHAGÓN.

- (1) Non tibi contextis lucent funalia lignis,
Sed cœli stellæ: nœnia tristis abest,
Sed canit ad feretrum superum chorus aliger; et me
Cœlesti incipiens voce, silere jubet.

(Maffei, *Poemata*, pág. 145.)

EL CONVENTO DE SANTA CRUZ DE VALLADOLID
DE COMENDADORAS DE SANTIAGO

Cuentan y dicen los viejos papeles y las antiguas escrituras del archivo de este noble Monasterio, que encendida en santa piedad y en religioso fervor la ilustre doncella Doña María de Zúñiga, hija de D. Iñigo López de Zúñiga y de Doña María de Ulloa, después de haber vivido más de diez y siete años con el hábito de la Milicia del Apóstol Santiago, desnuda de toda propiedad ó renta y sin matrimonio, había dado, con licencia de los Reyes como administradores perpetuos de las Ordenes militares, el hábito de aquella religión á muchas mujeres que en su compañía estaban, y tenía comenzada, con su hacienda propia, heredada de sus padres, la construcción de una casa en la ciudad de Valladolid, cuando era tan sólo villa, junto á la Puerta del Campo; y que deseaba erigirla en monasterio de la citada Milicia, edificándola y dotándola con los bienes y rentas de su patrimonio á fin de que con gran ejemplo viviesen en él sirviendo á Dios freilas y mujeres bajo la observancia, regla y disciplina del Señor Santiago.

Acompañóla en esta santa empresa su prima hermana Doña María de Fonseca, que se crió en la corte de la Serenísima y muy esclarecida Reina Doña Isabel la Católica, siendo muy acepta de Su Alteza por sus muchos merecimientos, consiguiendo, no sin importunidades y con gran dificultad, la apetecida Real licencia para poderse acoger en aquel sagrado asilo, en aquella santa y segura guarida, que no logró ver terminada, pues la sorprendió la muerte tras una vida cristiana y piadosa consagrada sólo al bien: dejó fundada una capellanía, legando á su Convento el

total de su fortuna por testamento hecho en Valladolid ante Francisco Sánchez de Collado, dos días antes de su fallecimiento, el 4 de Abril de 1505.

Doña María de Zúñiga impetró y obtuvo de la clemencia de los Reyes Católicos, por vía de merced y de limosna, Real carta de privilegio fechada en Madrid á 16 de Abril del 1499, para que la Priora y freilas «que aquí en adelante fueren en su monasterio, puedan tener y tengan para siempre jamás cuatro personas que administren los bienes, frutos y rentas que tuviere, y que sean libres, francos y exentos de pedidos y monedas, y moneda forera, y empréstitos y derramas, y otros cualesquiera pechos y derechos y servicios reales y personales que se cobraren y repartieren.»

La Santidad del Pontífice Julio II expidió una Bula en San Pedro de Roma á 16 de Mayo del año de 1506, tercero de su pontificado, mandando despachar y despachando sus letras y escritos apostólicos al Ilustrísimo Sr. D. Juan de Medina, Obispo de Segovia, para que informado con diligencia y hallando ser cierta la relación hecha á Su Santidad por la nominada María de Zúñiga, erigiese la casa en Monasterio de monjas de la Milicia de Santiago, con invocación de Santa Cruz, y facultándole diere licencia con la misma autoridad para que hiciese iglesia y la consagrarse y hubiere en ella Sacramento, campanario, campana y las demás oficinas necesarias al modo y traza de otros monasterios de la misma Milicia; y nombrando á Doña María de Zúñiga por Comendadora, apropiando, aplicando y señalando todos los bienes que asignare á ésta su fundación.

Tal fué el origen del Convento de Santa Cruz de Valladolid, que por espacio de cerca de cuatro siglos cumplió el piadoso fin y la sagrada intención que su benéfica fundadora se propuso, conforme á las ordenaciones y constituciones por ella estatuidas, entre otras la de que el número de religiosas no excediese de veintitrés, con tres sergentas.

Bajo tan buenos auspicios comenzado y con la constante protección de los Reyes, sus patronos como grandes Maestres de las Ordenes militares, pronto fué este Monasterio el predilecto y escogido por las más ilustres damas tocadas de vocación monjil, que en sus claustros penetra-

ban para observar la no con extremo estrecha ni rigurosa regla de su sagrado instituto.

En efecto: leyendo los libros de visita desde el año de 1513, en que se verificó la primera, encuéntranse en sus páginas en las listas de religiosas profesas y novicias, los nombres más preclaros de nuestras grandes familias aristócratas, y vemos formando parte de la Comunidad á Doña Catalina de Castilla, Beatriz de Balboa, Juana de Sotomayor, Inés y Leonor de Salazar, Isabel de Saavedra, María de Acevedo, Luisa Maldonado, Juana del Castillo, Bernardina de Medrano, Ana de Mendoza, Leonor Alderete, Luisa de Guzmán, María de Paz, muchas Ladrón de Guevara, hijas de Condes de Oñate, Jerónima de Arteaga, Ana de Castro, Teresa de Zúñiga y Enríquez, Marquesa de Castrofuerte (quien regaló la tallada sillería del coro), Francisca de Luna, nieta de la Marquesa de Poza; Feliciano de Quevedo, Ana de Velasco, Francisca de Rojas y cien más de casas tan notorias y calificadas, como son las de Camargo, Acuña, Heredia, Alava, Contreras, Enríquez de Guzmán, Castejón, Fonseca, Manrique, Bernardo de Quirós, Enríquez de Guzmán, Escobar, Ortés de Velasco y otras muchas que sería prolijo y enfadoso enumerar.

Las dotes de estas comendadoras, las capellanías, mandas, donaciones, legados piadosos y limosnas que ellas mismas ó sus pudientes familias hacían á su convento, aumentaron considerablemente sus ingresos y sus rentas: las tapicerías, ornamentos sagrados, plata labrada, joyas, reliquias y cuadros que poseyeron, inventariados en algunos libros de visita, fueron muchos y muy ricos, y el estado de prosperidad y grandeza de esta casa resistió por algún tiempo al golpe de la traslación definitiva de la Corte á Madrid en el año de 1606, y aún dura en todo el siglo xvii.

En el primer tercio del décimoctavo nótase ya el principio de la decadencia, debida tanto á los desastres de la guerra de sucesión y á lo que padecieron las diversas fincas de la Comunidad, cuanto á los numerosos pleitos de censos y juros que hubo de sostener, y muy particularmente á la desdichada y punible gestión de los administradores del Convento, en cuyos abusos hubo de intervenir más de una vez con mano firme y severa el Consejo de las Ordenes.

De otro lado, las opulentas y nobles familias, cuyas hijas ingresaban con preferencia en Santa Cruz, tal vez por ser Valladolid capital de la Monarquía, se distribuyeron luego entre las Comendadoras de Santiago y Calatrava de esta nueva Corte de Madrid; en Sanfelices, de Burgos; Santa Fe, de Toledo; Madre de Dios, de Granada; Sancti-Spíritus, de Salamanca; Concepción, de Almagro, y Santa Eulalia, en Mérida, que todos eran de la Orden.

Ello es que, reducida la Comunidad á la mitad de su número, expuso al Consejo la necesidad de aumentarle y la conveniencia de admitir con dispensa de la dote á tres hermanas de hidalga condición y noble cuna, Doña Demetria, Dominica y Valentina Sisniega y Ariz Marañón, cuya familia, oriunda y vecina de Frías (Burgos), sólo contaba con muy modestos medios de fortuna.

Convino en ello el Consejo, y en 1779, previa la acostumbrada información y probanza, fueron admitidas en calidad de novicias. Algunos años después, en 1817, y al amparo y protección de sus tías, vistieron también la roja cruz sobre el hábito blanco otras tres hermanas del mismo apellido de Sisniega, Doña Dominica, Paula y Angela, desdichada invasión familiar que acabó con el Convento.

Fallecida la anciana Prelada Doña Angela María Méndez de Prado el año 1849, fué elegida Comendadora Mayor la Doña Dominica por sufragio del mínimo cónclave (sus dos hermanas y otra religiosa), aprobando el Tribunal la elección de esta señora, que tuvo el funesto sino de que en su época de prelación se extinguiese aquella antigua é ilustre Comunidad y se perdiera, saliendo de las Ordenes, el vetusto é histórico cenobio, no sin culpa ciertamente de su inquieto y turbulento carácter con plétora de energías más útiles para arrostrar los embates y fatigas de la vida, que apropiadas á la paz y al sosiego del tranquilo claustro.

Fenecieron sus dos hermanas con ocho días de intervalo (1860), y quedó sola en aquella amplia mansión con las dos criadas que la servían. Nerviosa y malcontenta con el permiso que el Consejo otorgó al Arzobispo de Valladolid para que pudiesen instalarse temporalmente en una parte de la casi inhabitada morada las monjas Salesas, desalojadas de su Convento, nada quiso hacer para facilitar nuevos ingresos en la

Orden, antes bien opuso trabas y demoras á las que lo pretendían. Así se lo hizo comprender aquel alto Tribunal cuando poco después de su solicitado traslado á Toledo, y disgustada cual siempre con su suerte, intentó volver otra vez á Valladolid con tres postulantas que lo demandaban. «Dígasela, respondieron los señores, que una vez cedido el Monasterio á la Comunidad de las Salesas, á instancia de su porfiado empeño en que se la trasladase á otro monasterio, el Tribunal no puede acceder á lo que propone, por más que vea con sentimiento que aquel edificio ha salido de la Orden, lo cual no hubiera sucedido ciertamente si lo que ahora manifiesta lo hubiese hecho cuando se hallaba en él, en cuyo caso el Tribunal hubiera accedido con el mayor placer á su pretensión.»

Y así era en verdad, porque siempre daba largas á las continuadas y frecuentes exposiciones que á los Ministros dirigía para cambiar de clausura. Convenciéronse, por fin, de que ningún fruto les daba su resistencia pasiva, y en 1864 los apremios fueron tales con motivo del fallecimiento de la Comendadora Mayor de Santiago en Madrid, cuyo puesto pretendía la Sisniega, que el Consejo la manifestó su resolución de trasladarla á otra de las casas de la Orden, siempre y cuando hubiere cumplido á satisfacción dos precisas é ineludibles condiciones: la rendición de las cuentas del año último, y el formal y escrupuloso inventario de los objetos preciosos que en el Convento existían.

No me detendré á referir las incidencias que ocasionaron y los reparos que se hicieron á las cuentas, remedo, aunque en miniatura, de las del Gran Capitán; pero sí afirmaré que no se acreditó Doña Dominica de diligente y celosa gestora de los intereses conventuales, y excitó justos recelos en el ánimo de los señores del Tribunal, que adquirieron informes secretos con respecto á las alhajas y rogaron al Arzobispo de Valladolid se incautase en calidad de depósito de los vasos sagrados, ornamentos, joyas y reliquias con arreglo al inventario que enviaban, al mismo tiempo que ordenaban en oficio á la olvidadiza Comendadora «incluyese en el inventario que había remitido, el Santo Cristo original que María Estuardo llevó en su pecho al patíbulo, con cuantos documentos existan relativos á su autenticidad.»

Así lo hizo la mitrada religiosa en el largo catálogo de objetos inven-

tariados, con intervención y á presencia del Notario Mayor del Arzobispado y Escribano público de S. M., D. Ambrosio Padilla Cuervo, y del Provisor Vicario general, Licenciado D. Fulgencio Rodríguez. En él aparece descrito con el núm. 173: «Una cruz como de seis pulgadas de larga por dos y media de ancho, de oro (al parecer) esmaltado, que tiene rebatidos de lo mismo, y en el centro un Santo Cristo pequeño y en él piedrecitas imitadas á rubíes, colocado en el centro de un paño de raso azul, y alrededor de la cruz dos espigas bordadas de oro, todo puesto en un cuadro de ébano tallado, color negro, y éste como de cuarta y media en cuadro, que se dice de María Estuard.»

Al final del inventario, y como contestación á las noticias que el Tribunal demandaba, por no existir en su archivo el menor antecedente, se inserta la siguiente «nota relativa al Crucifijo de María Stuard:»

«En el libro becerro de fundaciones hechas en el Real Monasterio de Santa Cruz de Valladolid, Orden Militar de Santiago.—Señora Condesa de Escalante.—Núm. 49.—271. Un traslado simple de dos cláusulas del testamento de la señora Condesa de Escalante, por las que dió á este Real Monasterio, y para el altar de Santa Rosalía, la reliquia del Santísimo Cristo; y resulta fundó una capellanía de tres Misas en dicho altar, año de 1681, que por no hallarse en este Monasterio la fundación no se hace expresiva de ella, y se notará cuando se saque.» De letra distinta hay una nota que dice: «Cuya reliquia declara ser antigua, con su caja de reliquias y con los pasos de la Pasión á las espaldas, toda ella de oro, cuya hechura fué de la Reina de Escocia María Estuarda, á quien martirizó Isabel Bulena de Inglaterra, y murió con él en el pecho, el que llegó á manos de la señora Reina Doña Isabel de Borbón y después á las de la señora Condesa de Escalante, quien la mandó á este Real Monasterio para que se colocase en dicho altar de Santa Rosalía en un relicario que ordenó se hiciese, para que estuviese con toda veneración, por ser hechura muy milagrosa. Y convendría se saque un traslado de dicha fundación, y se note lo demás que en ella resulte.» Nota posterior: «En el Monasterio no se tenía noticia alguna de la existencia y procedencia de este Santo Cristo hasta que en el año de 1858, registrando el libro

becerro una persona á quien la Comunidad había consultado sobre ciertos derechos, encontró esta nota; con vista de ella, se buscó el Crucifijo por todas partes, y se encontró puesto por remate en una de las sacras de la iglesia.—En 1862, pasando por Valladolid el Ilustrísimo Señor de Willis, Vicario Apostólico de Escocia, examinó el Crucifijo y lo tuvo por auténtico.»

«Es copia todo lo anterior del libro original en que consta, remitido con esta fecha al Tribunal de las Ordenes militares. Valladolid 26 de Noviembre de 1864.—*Dominica Sisniega*, Comendadora Presidenta.»

En atención á la importancia y valor de los objetos relacionados en el inventario y que habían de repartirse en los demás conventos é iglesias del territorio maestral, comisionó el Tribunal á su Ministro D. Teodoro Moreno, facultándole también para que dispusiese lo concerniente á la traslación de la Sisniega á Santa Fe de Toledo.

No se avenía la última Comendadora de Valladolid á separarse de algunas cosas queridas, y elevó con vivo empeño recurso de súplica al Diputado del Consejo para poderlas llevar á su nueva residencia, supuesto que también pertenecía á la jurisdicción de las Ordenes, y en la «Relación de los efectos de mi devoción y afecto especial» que solicitaba llevar consigo, incluye «la cruz de la Reina de Escocia Doña María Stuard, la cual ha sido descubierta hace poco, conservada y apreciada en épocas que Su Alteza el Tribunal ignoraba su existencia, y que teniéndola siempre como propiedad, no he admitido la crecida suma que por ella me daban por parte de Escocia, Francia é Inglaterra,» y firma la relación.

Tal vez para evitar mayores males procedió con diplomacia el señor Moreno autorizándola el que llevase á Santa Fe los objetos que quería y haciéndola acompañar en su viaje de un clérigo respetable y de la confianza del Ministro, cual convenía á la honestidad y decoro de su estado religioso.

Pocos días después enviaba el Consejo oficio en regla á Doña Teresa de Jesús Bustamante y Villegas, Comendadora mayor en Toledo, para que exigiese á la nueva huéspeda, bajo formal inventario, los efectos que de Santa Cruz llevó, y como quiera que no constase en la entrega la

asendereada reliquia y expusiese la Priora su deseo de dimitir abandonando su alta investidura por los muchos sinsabores que la Sisniega la daba, se conminó á esta señora por modo enérgico á la entrega de la alhaja.

Devolvióla por fin, pero á medias; pues era tal el cariño, el recuerdo, el devoto entusiasmo, la atracción que por la joya sentía..... que se quedó con el marco, obligando al Tribunal á nueva conminación de que la restituyese tal y conforme había estado siempre y como aparecía en los inventarios, con el mismo marco que la donadora Condesa de Escalante había dispuesto expresamente se adornase la efigie, y advirtiendo á la Comendadora de Toledo «que conservase con exquisito cuidado el Santo Cristo de María Estuardo hasta tanto que el Tribunal disponga otra cosa.»

Obra en el archivo el oficio de recibo, con el *marco inclusive*, y una larga y amarguísima queja de Doña Dominica Sisniega y Varona, que expresa entre otros extremos «su sorpresa y su pesar por hacerla devolver la cruz de oro esmaltado que perteneció á la Reina Doña María Estuard, no obstante haberseme concedido de una manera oficial la conservase por haberla salvado en tantos años de las oscilaciones políticas por que habíamos atravesado;» y añade, no con demasiado respeto: «no me hice merecedora á una ejecutiva semejante que nunca quisiera darla una mala interpretación.»

Enemiga desde entonces de su compañera la señora Bustamante, no cejó con la tenacidad propia de su carácter entero y varonil, cual el de otra Monja Alférez, en su idea constante de ser trasladada á otro convento, y vivió en perpetua agitación, ora en baños, ya en Vitoria con su familia bajo la protección y dirección del Obispo de la diócesis; mas la nostalgia del claustro la hizo venir á Madrid á las Comendadoras de Santiago, de donde volvió á Toledo, hasta que con pretexto de su salud achacosa tornó á Madrid, de donde salió frecuentemente á cuantos balnearios quiso; y sólo pudo lograr la necesaria paz y el debido sosiego á su inquieta y azarosa vida, en el eterno descanso de la muerte, que la sorprendió en las Comendadoras de esta Corte el día 11 de Noviembre de 1871, á los setenta y tres de su edad.

En sesión del Consejo de 1.º de Febrero de 1869, según consta en el

libro de sus Actas, acordó la sección «oficiar á D. Juan José Palacios, Diputado provincial de Toledo, para que se haga cargo de un cajón que le entregará Doña Teresa de Jesús Bustamante, Comendadora mayor de Santa Fe de aquella ciudad, y lo entregue en esta Secretaría. También se oficiará á la citada Comendadora para que coloque en un cajoncito bien acondicionado el Santísimo Cristo que la entregó Doña Dominica Sisniega Varona cuando se hallaba en aquel monasterio, y lo entregue al D. Juan José Palacios, quien le presentará orden al efecto para su envío á esta Superioridad.»

Así vino, tras vicisitudes tantas, á manos del Tribunal esta histórica é inestimable reliquia.

Cuando la mudanza de los tiempos y la supresión de la regalía maestral en los dispersos territorios de las Ordenes para concentrarla toda en el coto redondo recientemente erigido, el Consejo destinó todos los objetos sagrados que no se hubiesen ya entregado á los conventos, y los traídos de la Real Casa de Uclés, á enriquecer y aumentar el tesoro de la nueva Iglesia Prioral de Ciudad Real, excepto algunos que se entregaron á las Comendadoras de esta Corte, y tal cual otro que conservan los Capítulos, muy principalmente el de Montesa, de cuya histórica iglesia del Temple, de Valencia, traje yo mismo el archivo y varios cuadros, reposteros y reliquias de importancia.

Penetrado, empero, del extraordinario valor histórico, del mérito artístico y del recuerdo glorioso que entrañaba y contenía el tantas veces citado Crucifijo, temió el Tribunal que la codicia, la ignorancia ó el descuido contribuyesen á la desaparición de esta presea milagrosamente conservada, tal vez por inadvertida, y que pudiese correr la triste suerte que cupo á la rica, soberbia y artística copa que á las monjas de Medina de Pomar donó su patrono el Condestable de Castilla D. Juan Fernández de Velasco, Duque de Frías, á quien se la había regalado el Rey Jacobo I de Inglaterra (hijo de María Stuart); copa que, vendida luego por la Comunidad en 1891 á uno de tantos funestos traficantes de antigüedades, verdadera plaga destructora de nuestros tesoros de arte, fué comprada por suscripción en Inglaterra para guardarla en el Museo Británico, donde se halla (4); á fin de evitar, repito, un extravío posible,

retuvo en su poder y conservó con todo cuidado el Cristo que pendiente de una cadena llevó en el pecho al patíbulo la bella y desventurada Reina de Escocia.

Con motivo de las reales bodas de nuestro llorado Rey D. Alfonso XII con Doña María Cristina de Austria, determinó el Consejo de las Ordenes ofrecerle como obsequio á la esposa del Gran Maestre, y así lo hizo, mandando colocar en la trasera del marco la inscripción siguiente:

«Esta cruz fué la que llevó María Estuardo al patíbulo, y momentos antes de sufrir la ejecución se la quitó del pecho y se la dió á la dama que la acompañó á él. Por una rara coincidencia vino á parar á las Comendadoras de Valladolid, y la última de ellas, la señora Sisniega, la entregó como una muestra de consideración al Real Consejo de las Ordenes militares. Este, hoy, queriendo dar una prueba de su alto respeto á la piedad de su Reina Doña María Cristina de Austria, tiene el alto honor de ofrecérsela para que pueda encomendarse á ella en todas las vicisitudes de su vida, y le ruega humildemente que, interpretando sus deseos, se digne admitirla.»

Las exigencias y rigores de la verdad histórica y la necesidad de autenticar escrupulosamente hasta donde fuere posible el origen de tan precioso relicario, hanme obligado á contradecir, á pesar mío, la galantería póstuma del Consejo para con la rebelde Sisniega. Paz á los muertos.

Por lo demás, la atinadísima resolución del Tribunal merece todo pláceme y los mayores encomios. La extraordinaria reliquia que tantas veces besaran los augustos labios de María Stuart; la que encendió y mantuvo vivo y puro, sin desfallecimientos ni desmayos, el fuego sagrado de nuestra hermosa fe católica en el regio corazón de la mártir de Escocia, no debía, no podía pasar á otras ni á mejores manos que á las soberanas y piadosísimas de nuestra Reina Regente, modelo perdurable y claro espejo de cuantas virtudes es capaz de atesorar el alma de la mujer, de la madre y de la Reina.

II

LOS GUEVARA, SEÑORES Y LUEGO CONDES DE ESCALANTE

Tanto para corroborar y confirmar la exactitud de las curiosas indicaciones y noticias del libro becerro del Convento de Santa Cruz, cuanto para ahondar todo lo posible la investigación en demanda de más pormenores y detalles, preciso se hacía averiguar quién era la Condesa de Escalante en 1681, y encontrar y consultar su testamento, como oportunamente se advertía en la nota inserta en el libro de fundaciones, cuya copia enviaba la Comendadora Sisniega.

El primer punto no era, en verdad, un problema de difícil solución.

Conocidísimos eran los señores de Escalante como rama ilustre de antiguo separada del añoso y nobilísimo tronco de los Guevara, Condes de Oñate, con cuya histórica casa mantenían íntima conexión, no sólo por el origen común, sino también por los frecuentes y repetidos enlaces entre hijos de ambas familias.

Varones de alta y esclarecida alcurnia, poseedores de muchos y pingües mayorazgos, grandes y leales servidores de sus Reyes, natural era que la Majestad de D. Felipe IV les recompensara concediendo en 13 de Mayo de 1627 título de Vizconde de Treceño, para crearle después Conde de Escalante, en 14 de Julio del mismo año, á D. Luis Manrique de Guevara, quien heredó el señorío de Escalante de su hermano D. José Ladrón de Guevara, abandonando por esta razón su apellido de Manrique y adoptando el de Guevara, su más importante mayorazgo. De su matrimonio con Doña María Zorrilla de Arce, señora de Villerías, Cormeñón y Basabe, sólo sobrevivió, entre otros hijos que tuvo, Doña Ana Catalina de Guevara, segunda Condesa de Escalante, fallecida en 1641, sin sucesión, poco después de su matrimonio (1639) con D. Felipe Manuel Vélez de Guevara, hijo segundo de los Condes de Oñate, pasando entonces su casa, títulos y estados á su prima hermana Doña María de

Guevara Avendaño Gamboa y Beaumont, que fué *tercera* Condesa de Escalante, como hija que era de D. Pedro de Guevara (hermano del primer Conde, D. Luis) y de Doña Francisca de Mendoza y Acebedo.

No fueron prolíficas las hembras de esta rama de Guevara, pues tampoco la Condesa Doña María alcanzó sucesión en ninguno de sus tres enlaces, con D. García Bravo Osorio, Marqués del Villar, primero; después con D. Lorenzo Ladrón de Guevara, señor de Paradilla (escudero de mi casa lo llama ella en su testamento); y por último, con D. Luis Andrés Velázquez de Velasco y Guevara, señor de Villavaquerín. Así que por no tener hijos heredó la casa su sobrino D. Martín de Saavedra Guevara, hijo de D. Martín de Saavedra Guzmán, Presidente del Nuevo Reino de Granada, y de Doña Luisa de Guevara, hermana de esta *tercera* Condesa Doña María, que es precisamente la donante de la famosa reliquia.

Muy á principios del siglo XVIII casóse otra hembra en quien paró el condado de Escalante, Doña María de Saavedra Guevara, con D. Sanchó de Miranda, Marqués de Valdecarzana; títulos éstos que, con otros muchos, entraron en 1834, por muerte sin sucesión de Doña Lucía de Rojas Fernández de Miranda, en la ilustre casa de Queralt, Condes de Santa Coloma.

En su bien dispuesto y arreglado archivo encontramos el testamento objeto de nuestras pesquisas, testamento que fué otorgado en Valladolid ante el escribano real Pedro Paz Docal á 3 de Diciembre de 1678, con más una memoria testamentaria y dos codicilos hechos en Madrid ante el escribano Isidro González, en 6 de Diciembre de 1681 y en 14 de Enero de 1683 respectivamente, abiertos y protocolizados en Madrid á instancias de su hermana y testamentaria Doña Ana de Guevara el 17 de Febrero de 1683, ante el escribano Manuel Martínez de Uriarte.

El testamento firme y válido de Doña María Ladrón de Guevara, Manrique, Avendaño y Beaumont, Condesa de Escalante y de Tahalu, Marquesa de Rucandio, señora del valle de Valdaliga y de las casas de Cevallos y Avendaño, Olaso, Urquizu, Arazuri y Montalbán, y de las villas de Villa-Real de Alava y Ossornillo, es á la par un modelo de piedad y un curioso ejemplo de lo que eran estas manifestaciones de la úl-

tima voluntad en las grandes damas de aquella época, quienes no olvidan á ninguno de sus deudos y parientes, ni á los muchos servidores y criados de la casa, ni á las iglesias y conventos de su devoción, cuyos patronazgos enumeran, sin omitir tampoco la relación de sus joyeles, tapicerías, reliquias, muebles, fincas, derechos, censos, juro y honores familiares.

Claramente resplandece en el testamento de la Condesa el grande amor que sentía hacia el convento de Comendadoras de Santa Cruz, afecto naturalísimo si se atiende al crecido número de damas de su sangre y linaje que aquella santa casa cobijó. He comprobado que vistieron el hábito de la Orden:

En 1573, Doña Antonia de Guevara Manrique, de la casa de Escalante.

En 1589, Doña Beatriz Ladrón de Guevara, hija de los señores de Escalante.

En 1612, Doña Catalina y Doña María de Guevara, hijas de los Condes de Oñate.

En 1613, Doña Angela de Guevara, hija de los mismos Condes.

En 1633, Doña Angela, Catalina, María y Mariana de Guevara, todas cuatro hijas de los Condes de Oñate.

Y aun el mismo año de 1633, fué admitida Doña Ana María (otra Oñate), aunque no llegó á tomar el hábito: sirvió de dama á la Reina Doña Isabel de Borbón, y casó en 1629 con D. Bernardo de Silva Manrique, octavo Marqués de Aguilar, Conde de Castañeda, señor del valle de Toranzo, Grande y Chanciller mayor de Castilla.

Como prueba de la protección constante que las ilustres Guevaras dispensaron siempre á Santa Cruz, pueden citarse las fundaciones de capellanías hechas en él por Doña Inés (año 1583), Doña María (1653) y Doña Catalina (1676).

Doña María Vélez Ladrón de Guevara, religiosa que fué allí, construyó en vida, donando rentas propias y bastantes, una enfermería para el cuidado y regalo de las monjas, y por testamento otorgado ante el escribano José de Frías, en 23 de Diciembre de 1634, fundó una importante capellanía, legando cuantiosas memorias pías.

*

D. José Ladrón de Guevara, señor de Escalante, Comendador de Mures y Gentilhombre de la boca de los Reyes D. Felipe II y D. Felipe III, muerto en Valladolid en 1603, fué enterrado en este Convento; así como también yace en el mismo Doña María Manrique, viuda de D. José Ladrón de Guevara, padres del D. Luis, primer Conde de Escalante.

Poderosos motivos eran éstos para que la Condesa Doña María, que cuidó con toda prolijidad y previsión del destino de sus mortales despojos, ordenara en *primer término*: «si muero en Valladolid quiero ser enterrada en la iglesia del Real Convento de Santa Cruz de religiosas de la Orden de Santiago, en el hueco que está debajo del altar mayor de dicha Iglesia, donde están sepultadas mis primas Doña Mariana de Guevara, Marquesa que fué de Viana, y Doña María de Guevara, su hermana, hijas del señor Conde de Oñate, y mando por razón de entierro y sepultura, quinientos ducados de una vez.»

A menos, añade luego, que acaesciese su fallecimiento en Madrid, en cuyo caso ordena se la sepulte en la bóveda primera del Convento de Nuestra Señora de Atocha, de la Orden de Santo Domingo, de que era patrono su sobrino el Conde de Nieva; y de no poderse cumplir su deseo, quiere serlo en San Jerónimo, capilla de los Guevara, con permiso del Marqués de Espinardo. Pero como al tiempo de otorgar su testamento se disponía á visitar su villa de Ossornillo, prevé el caso de que acontezca su fin en el camino, á más de una jornada de Valladolid, y para este triste acierto quiere que el sepelio sea en el Convento de San Francisco de Palencia, cuyo patronato pertenecía á su primo el Conde de Grajal, cuya mujer, Doña Isabel de Mendoza, descansa allí el sueño eterno.

Ultimamente, si le acabare la vida en Ossornillo, señala por su postrera morada la iglesia de la Consolación, de que era patrona, como también lo fué, con derecho á enterramiento, de la capilla de Santiago en Pamplona y de la iglesia de San Vicente de la Barquera.

Como nueva prueba de preferencia por Santa Cruz, en otra de las cláusulas de su extenso y minucioso testamento, funda una capellanía perpetua de patronato de legos, de tres misas cada semana, que se han de decir por su ánima, la de sus padres y maridos en la iglesia del Convento.

Con respecto á la histórica alhaja dispone literalmente lo que sigue:

«Item digo: que en el Real Convento de Santa Cruz de esta ciudad he hecho un altar en que está la imagen de Santa Rosalea, de pincel, con su marco y lo demás concerniente al adorno del dicho altar, con su lámpara de plata y dotada. Y para que en dicho altar aya reliquia de suma devoción, quiero y es mi voluntad que un Santo Cristo en su cruz de hechura antigua, con su caja de reliquias y con los pasos de la Pasión á las espaldas, que todo ello es de oro, y la dicha hechura fué de la Reina de Escocia, María Estuarda, á quien martirizó Isabel Bolena, Reina de Inglaterra, y murió con él al pecho, el cual llegó á manos de la señora Reina Doña Isabel de Borbón y después á las mías, y por ser hechura muy milagrosa se ponga en dicho altar; y mando que para este efecto se haga un relicario de la altura de la hechura del dicho Santo Cristo, con su pie y extremos de plata, y pido y encargo á la señora Comendadora y demás Real Convento le tengan con la mayor veneración que sea posible.»

Ciertas y exactas eran, pues, las noticias del registro del Convento contenidas en la comunicación de la señora Sisniega, plenamente confirmadas en instrumento tan público y solemne y en tan supremo é imponente momento como es aquél en que, despojándose el espíritu de las falaces vanidades de la vida, con la vista puesta en Dios, sólo se habla el lenguaje de la verdad, con despego de las cosas temporales.

La ilustre y piadosa dama autenticaba en su testamento esta singular reliquia, indicando su origen y procedencia del modo más natural, como cosa muy corriente y harto sabida por entonces, cual tradición que no há menester más fijeza, pues de otro modo es creíble se hubiera extendido en consignar más circunstanciada historia, más minuciosos detalles.

Que el Crucifijo llegó á su destino y es el mismo que figura en inventarios, atestígualo la siguiente cédula de recibo que consta en la testamentaría de la Condesa de Escalante:

«Como Comendadora de este Convento Real de Santa Cruz de la Orden de Santiago desta ciudad de Valladolid, recibí de mi señora Doña

Ana de Guevara, vezina de la billa de Madrid, y como testamentaria de Su Señoría mi señora la Condesa de Escalante su hermana, que santa gloria aya, la hefixie del Sancto Xpto. puesto en su cruz de hechura antigua con su caxa de reliquias y con pasos de la Pasión á las espaldas, que todo ello es de oro, la cual dicha alaxa fué serbida de mandar dicha señora Condesa á este Convento para que se pusiese en su capilla sobre el altar de Santa Rosalía que fundó en dicho convento, y para que conste doy este recibo y lo firmo en Santa Cruz de Valladolid á treze de Março de 1683.—† *Doña María Antonia Morquecho y Conde*, Comendadora de Santa Cruz.»

Tenemos ya la historia documentada de esta peregrina imagen en su ingreso, estancia y salida de las Ordenes militares.

Quedan dos puntos importantísimos por dilucidar.

¿Cómo pasó de la Reina Doña Isabel á poder de la Condesa de Escalante?

¿Cómo la adquirió la egregia esposa de Felipe IV?

Respecto del primero, sólo podría iluminarnos el testamento de la Reina, si por acaso entre las memorias y recuerdos que á sus damas, dueñas de honor y meninas acostumbraban dejar, mencionaba la reliquia, señalando de paso alguna circunstancia que pudiera servir de derrotero para nuevas investigaciones y busquedas.

Pero es el caso que Doña Isabel, acometida de una violenta erisipela que en seis días la llevó al sepulcro, no pudo hacer testamento y se limitó á otorgar el día 5 de Octubre del 1644, la víspera de su muerte, un poder amplio ante Pedro de Arce para que su regio consorte testara por ella y cumpliese los deseos que en distintas ocasiones le había comunicado; nombraba por herederos á sus hijos el Príncipe D. Baltasar Carlos y la Infanta Doña María Teresa, y anulaba y revocaba el testamento cerrado que en 11 de Noviembre del 1623 había hecho ante el Secretario Pedro de Contreras.

Aunque el augusto viudo hubiera cumplido el encargo de su esposa, no creo yo que se hubiera detenido en especificar estos legados menudos que tanto me interesaba encontrar. No aparece en el Archivo del Pala-

cio Real, ni en el Histórico Nacional, ni en el de Simancas, el testamento que por poder de su cónyuge pudo otorgar el Rey Felipe: todo induce á pensar no lo hizo nunca, por más que consta el fidelísimo cumplimiento de su sagrado cometido, pagando deudas, haciendo grandes limosnas á pobres, iglesias y conventos, y concediendo mercedes y pensiones metálicas á criados y servidores de la finada Reina.

Prueba elocuente es en favor de la creencia de que no usó del poder en forma de testamento, que para nada se cita este instrumento, como sería lógico y natural, en el «inventario y tasación de las joyas y bienes que quedaron de la Reyna nuestra señora, que está en el cielo,» hecho en Madrid á 24 de Noviembre de 1644 ante Francisco de Yanguas, Escribano del Rey, Familiar del Santo Oficio de la Inquisición y vecino de Madrid, con asistencia de D. Jerónimo de Atayde, Marqués de Colares, Conde de Castro, Mayordomo que era de la Reina, para que se entregue á D. Francisco de Gaztelu y Gamboa, Caballero de la Orden de Alcántara, Guardajoyas de S. M. (Archivo de Protocolos, 547.)

En este extenso inventario, donde se describen y tasan las joyas y alhajas, plata labrada, relicarios, cuadros, tapicerías y muebles que fueron de Doña Isabel, muchos de cuyos objetos se vendieron, según costumbre de entonces, en la almoneda que se hizo para pagar el importe de deudas, mandas y gastos, no se incluye el relicario de María Stuart, ni se habla de él para nada.

Será cosa más probable que lo recibiera en vida la Condesa como muestra de cariño con motivo de cualquier fausto suceso, nacimiento, bautizo ó jura de príncipe, ó tal vez para consolarla de alguna tribulación, y ocasiones no faltaron de sentirlas á quien enviudó nada menos que tres veces.

La misma frase del testamento de la Escalante, «que llegó á las manos de la señora Reyna Doña Isabel de Borbón y después á las mías,» parecen denotar una solución de continuidad en la posesión del insigne joyel, y aumenta la presunción de que hubo de ser una donación *inter vivos*, quién sabe si á la hora de la muerte, cuando ausente el Rey Felipe en Cataluña, y no consintiendo con abnegación de madre que sus hijos se acercaran á besarla para no ser contagiados, fué asistida con es-

mero por las damas, camaristas y doncellas de su mayor confianza y afección (1).

Privados de toda luz que nos permitiera caminar sobre seguro en seguimiento del origen de la reliquia, y aun siendo corto el lapso de tiempo que media entre el ensangrentado patíbulo de la Reina escocesa (1587) y el tálamo nupcial de la Princesa de Francia (1615, unos 27 años), no podemos salir del terreno de hipótesis más ó menos verosímiles, ni acertamos á escoger entre las varias interrogaciones que acuden á la mente.

El Rey prudente y católico, el que tanto se interesó por la desventurada Estuardo, ayudándola y sosteniéndola en cuanto su política lo consentía, ¿pudo de alguien obtener aquel elocuente testimonio del acendrado catolicismo de la egregia víctima?

D. Bernardino de Mendoza, Embajador de D. Felipe II, recibió una sortija que le enviaba poco antes de su suplicio la Reina María; y que la joya llegó á manos de aquel Monarca nos lo cuenta Cabrera de Córdoba, añadiendo la noticia de que en tanto la estimó, «que este anillo que hubo de su despojo hizo poner en el Escorial entre las reliquias de los santos.» Compruébalo el registro de reliquias de este Monasterio, donde está inscrita la «Entrega sexta. En 30 de Junio de 1593, y por ante el Escribano Gregorio de Segovia, entregó Antonio Voto, Guardajoyas del Rey D. Felipe II, al Prior y Monasterio del Escorial lo si-

(1) He visto algunas minutas referentes á señoras de esta noble casa de Guevara que prueban la protección, el afecto y la consideración que las dispensaban en Palacio. Doña Ana de Guevara, *ama*, dice la Historia, de Don Felipe IV, era queridísima de este Monarca. En 26 de Julio de 1627 manda S. M. se dé á Doña Ana María de Guevara, dama de la Reina de Hungría, la enfermería que se acostumbra dar á las damas, todo el tiempo que estuviera enferma, en casa del Conde de Oñate, su hermano. En 1622 Doña Catalina de Guevara va por guarda de las damas de S. M. Cesárea la Emperatriz. A Doña Ana Ladrón de Guevara, de la cámara que fué de la Reina Doña Margarita, se la conservan 50 ducados al mes, etc. Se concede otra merced á Doña Catalina Ladrón de Guevara (viuda del Maestre de Campo D. Martín de Berrio), de la cámara de la Reina Doña Isabel. A Doña María de Guevara, «que dió el pecho á mi amado hijo,» mandó la Reina Mariana de Austria se depositara en casa de Gaspar de Carrión, guarda de damas de la Reina, por ama de respeto del Príncipe: año 1660.

guiente: una sortija de oro tallada y esmaltada de negro, engastado en ella un diamante tabla delgado, viseles baxos, buen agua, que fué de la Reyna de Escocia que la de Inglaterra hizo degollar: pesa dos castellanos y seys granos, para poner en los relicarios» (B).

Aun cuando en buena ley de lógica es presumible que con mayor motivo hubiese destinado al relicario el Crucifijo en cuestión, no cabe desecharlo en absoluto la idea de que pudo retenerla para sus devociones personales ó regalársela á cualquiera de sus hijas.

Enrique III de Francia, en cuya nación pidió reiteradamente ser enterrada la que un día fué su Reina; los Duques de Guisa y de Lorena, por vínculo de tan estrecho parentesco unidos con la viuda de Francisco II; su misma madre política Catalina de Médicis, ¿obtuvieron la reliquia como recuerdo de familia, quizá de la misma Kennedy, y pasó después por donación ó por herencia á la que vino á ocupar y compartir el solio del Rey católico por excelencia?

Está perfectamente comprobado que la víspera de su ejecución recomendaba por escrito y con todo encarecimiento la infeliz Reina de Escocia á su cuñado el de Francia, la suerte y el porvenir de sus fieles servidores, á quienes entregó diferentes recuerdos y memorias para distribuirlos entre sus parientes de la familia Real francesa. Sábese de ciencia cierta que, pasados los solemnes funerales que hizo celebrar en Petersburg la pérfida é hipócrita Isabel, autorizó y permitió que pudieran embarcarse; y es conocida, por carta de D. Bernardino de Mendoza, la fecha exacta (24 de Octubre de 1587) en que arribaron á Francia casi todos los que fueron testigos presenciales de la bárbara y cruel tragedia de Fotheringay, entre ellos Juana Kennedy é Isabel Curle, precisamente las dos doncellas de honor que la ayudaron á desnudarse y recogieron las últimas palpitaciones de la víctima inmolada, y la primera el Crucifijo de oro que llevaba pendiente de una cadena en el cuello, según lo refiere Lettenhove (B).

Indicios vehementísimos son éstos en favor de la conjetura que dejamos apuntada.

Tampoco fuera imposible que cuando la venida á Madrid en 1623 del joven Carlos, Príncipe de Gales, con su brillante séquito para tratar de

su boda con la Infanta Doña María, hermana de Felipe IV, ocasión en que tanta magnificencia y fastuosidad desplegaron los Reyes y los Grandes, y tantos y tan suntuosos regalos mediaron entre ambas Cortes, entregara á la piadosa y devotísima Doña Isabel de Borbón la cruz santa tan besada por su abuela, quien en las gradas mismas del cadalso, y con generoso olvido de su tibieza filial, envió su postrera bendición á su hijo Jacobo VI. ¿No pediría este Príncipe algún objeto ó memoria de los últimos momentos de aquélla á quien debió el sér? No me parece improbable (C).

Ultimamente, cuando el furor protestante arreció la persecución contra los católicos y éstos huían de Inglaterra, vinieron muchos á España para ingresar las damas en los conventos y los varones en los colegios precisamente llamados de Ingleses y de Irlandeses, por que tanto se interesó la Reina Doña Isabel, ¿pudo alguno de los emigrantes allegados de la Kennedy traer la reliquia que *llegó á manos* de la Reina de España?

Por cualquiera de estos modos, posible es que de otro alguno, no por más inesperado menos probable, hubo de ser fijamente. Difícil se me antoja dar con el cierto, sin que la casualidad, el azar ó la fortuna intervenga como factor principalísimo en penetrar el misterio.

¡Plegue á Dios que un investigador más diligente, más entendido y experto pueda completar y concluir la historia documental de esta reliquia insigne, de este Crucifijo histórico! Crucifijo que parece destinado por altos designios de la Providencia á consolar regios infortunios.

Las torturas, las congojas, el afrentoso tormento, el martirio abominable de la Reina de Escocia; las inquietudes, los temores y las ansias con que veía peligrar el Trono del esposo y la herencia del hijo por el desamor del pueblo ante la omnímota y funesta privanza de Olivares, la virtuosa Reina Doña Isabel de Borbón; las amarguras de una triste y prematura viudez, las penas y las zozobras de una larga minoridad, tan digna y prudentemente regida por Doña María Cristina de Austria. ¡Quiera este simbólico y milagroso emblema de nuestra santa redención colmar de bienandanzas y venturas el nuevo reinado que alborea, trocando en prósperas y felices realidades las vivas y halagüeñas esperanzas que todos tenemos puestas en las altas prendas y relevantes dotes que concurren en nuestro joven y augusto Soberano!

NOTAS

A

La copa del Condestable de Castilla.

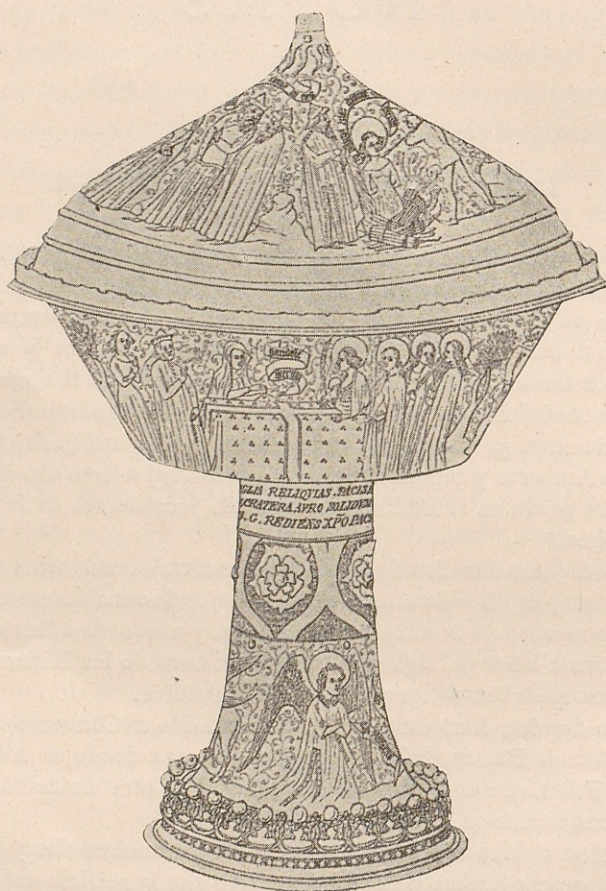
Con motivo de la feliz conclusión de las paces entre España é Inglaterra, en las cuales intervino en calidad de Embajador del Rey Católico el séptimo Condestable de Castilla, D. Juan Fernández de Velasco, sexto Duque de Frías, fué este prócer ilustre agasajado espléndidamente por Jacobo I (VI de Escocia), con tantas y tan soberbias alhajas, que suscitan la sospecha de que las paces de 1606 debieron ser muy favorables á los ingleses. Es curiosa la larga lista de ellas que se inserta en la *Relación de la embajada*, impresa por Plantino en Amberes y reproducida en Valladolid el mismo año de 1606; ambas ediciones paran en la Biblioteca Nacional, procedentes de la de D. Pascual Gayangos.

Entre los objetos donados figura en primer término una sobre toda ponderación artística y espléndida copa de oro cubierto de esmaltes translúcidos representando escenas de la vida de Santa Inés, y adornada además con perlas finas, primorosa labor del siglo xiv, que el primero de los Estuardos la hizo tomar del tesoro de los antiguos Reyes de Inglaterra.

En el año de 1609 donó esta joya el Condestable al Convento de las Huelgas de Medina de Pomar, del cual era patrono, y á donde se enterraban los Duques de Frías, que enviaban los corazones á su otra fundación de la capilla del Condestable en Burgos.

La donación se hizo con mucha solemnidad y con cláusulas y condiciones que podían parecer nimias y exageradas, pero que la malicia del administrador que el Duque tenía al frente de la Obra Pía, la procacidad de un clérigo y la ignorancia y la simplicidad de las monjas, hicieron inútiles é ineficaces. La entrega se hizo también con gran pompa, previa Bula pontificia, prohibiendo que la copa saliera de la iglesia, bajo pena de excomunión á las religiosas y á cuantos en este abuso intervinieran, y sólo en el día del Corpus se permitía que llegara esta alhaja, llevando el Cuerpo del Señor, hasta el dintel de la iglesia. En estas disposiciones tomó parte el Arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval, pariente del Condestable.

La desaparición y sucesivas compras tuvieron lugar del modo siguiente: era administrador de la Obra Pía y del Convento (no de los bienes de Medina) un señor H, jefe por cierto de los librepensadores de Medina de Pomar, el cual administrador tenía un pariente cura, quien después de haber corrido borrascas en diversas parroquias, vino á ser capellán de la Trasat-



lántica. Este cargo debía de ejercer cuando, teniendo necesidad de dinero, se presentó en Medina con noticia que ya tenía de guardarse en el Convento ésta y otras joyas; y valiéndose el presbítero de su amistad y parentesco con el administrador, persuadió, ó más bien sedujo á las monjas, y principalmente á la Abadesa, para que negociasen la venta de la copa, insinuándoles que las prohibiciones y excomuniones contenidas en la escritura de donación ha-

bían perdido ya su virtud y fuerza por efecto de la desamortización y del Concordato, como habían perdido ellas la propiedad de muchos bienes que también habían sido donados como la copa y habían pasado á otras manos; que si el Gobierno decretaba otra incautación, perderían la tal joya y cuantas alhajas, cuadros y tapices tenían, y, en fin, que era mejor que el Convento sacase algún provecho de lo que poseía, que no exponerse á perderlo sin ninguna ventaja.

Persuadióse la Abadesa de que sólo por interés de la Comunidad les decía todo aquello, y convinieron en que el cura vendiese la copa en el extranjero, donde nadie le conocía ni podía sospechar la ilícita procedencia del objeto, y en que la entregaría el producto de la venta con que atenderían á ciertas reparaciones que querían hacer en su cenobio.

Con esta admirable joya, y en compañía de unos cuantos cuadros procedentes del mismo Condestable, y por él traídos de Milán, donde fué Gobernador á fines del siglo xvi, emprendió el aprovechado clérigo la ruta de Francia, no sin la precaución de haberse dejado crecer la barba y el pelo de la corona; se presentó en París á los principales aficionados y peritos, entre ellos el famoso Spitzer, maravillándose todos al contemplar alhaja de tal belleza; pero tanto por ocultar su carácter sacerdotal y manifestarse como un empleado en los barcos de la Trasatlántica, cuanto por no explicar con claridad la procedencia de la copa, dieron en sospechar que era falsa y se excusaron de dar los treinta mil francos que pedía.

Desalentado ante tanta negativa fué disminuyendo el precio, hasta que el Barón Pichon, poco conocedor de antigüedades, pero notable erudito y Presidente de la Sociedad de Bibliófilos de Francia, consultando entre sus libros la *Relación de la embajada del Condestable*, que poseía, vino á parar en la cuenta que podía ser aquélla la célebre copa regalada por el Rey Jacobo I, y la adquirió en *¡nueve mil francos!*

Cierto que no hizo mal negocio el bibliófilo francés al desprenderse de ella en 1892 por *doscientos mil francos*, precio en que la adquirieron por suscripción varios patriotas ingleses para regalarla á su notable Museo Británico, que orgulloso la ostenta en sus vitrinas como pieza de mérito y valor extraordinario.

La codicia de las monjas de Pomar hubo de satisfacerse con cuatro mil pesetas que las entregó el vendedor por la venta de la joya y de los cuadros.

El presbítero montañés, autor de tan digna hazaña, fué enviado por el Gobierno á Ceuta, no al presidio, sino con una canonjía á la Catedral.

En cuanto á la Abadesa, fué por su Prelado suspendida..... sólo canónicamente, privándola de ejercer cargos conventuales.

El administrador murió, no sé si de sentimiento. ¡Que Dios le haya perdonado si lo había menester!

Debo muchas de las anteriores noticias á mis amigos D. Fernando Fernández de Velasco, deudo de la casa de Frías, y al señor Conde de Valencia de Don Juan, quien admiró varias veces la copa en casa del Barón Pichon.

B

Encargos de la Reina de Escocia.—Sus servidores.**Objetos suyos.**

La víspera de su muerte pidió sus alhajas y las examinó con minucioso cuidado hasta la sortija de menos valor. ¿Acudirían á su mente algunos recuerdos de su juventud, algún recuerdo de aquella Corte de Francia, tan espléndida y brillante, en donde ella había ocupado el primer puesto? Quiso que allende los mares fuese ofrecido algún objeto ó memoria de su parte al Rey de España, al de Francia, á Catalina de Médicis, á los Príncipes de la casa de Guisa; pero no olvidó tampoco á quienes en Inglaterra y Escocia habían siempre sostenido su causa. Envió un precioso rosario á los Condes de Arundel y un magnífico zafiro á Lord Claudio Hamilton.

En esta hora suprema tuvo para cada uno de sus servidores un testimonio de su reconocimiento y gratitud: dió á su médico Bourgoing dos anillos, dos cofrecillos con dinero, sus dos laúdes y su libro de música, encuadernado en terciopelo; á su médico Gervais los retratos del Rey y de la Reina de Francia pendientes de una cadena de oro y piedras, dos brazaletes de oro con ágatas y en ellas grabada la Pasión de Nuestro señor, un reloj y dos esferas geográficas; al boticario Gorion un *agnus Dei* en marco de ébano, un anillo de oro con hermoso diamante, y dos almohadones bordados; al limosnero Du Préau un cáliz, dos vinajeras é imágenes piadosas, entre ellas la Virgen en coral. No olvidó tampoco á Melvil, para quien dejó separado un cuadro de oro esmaltado con el retrato del Rey de Escocia, un reloj y unos guantes perfumados; repartiendo entre todos ellos los libros que en su biblioteca había.

Para aquellas cariñosas mujeres que de tan tiernos cuidados la rodearon y que tan vivas pruebas de afecto habían de darla pocas horas después, reservó la resignada víctima un rosario de oro y rubíes, regalo en otros tiempos de su verdugo Isabel; un espejo de oro con el retrato de Enrique III, otros dos espejos, otro rosario de oro con ágatas, trajes, vestidos y todas sus medias y guantes, que entregó á Juana Kennedy; á Elspeth Curle una plancha de oro esmaltado con su retrato y el de su marido é hijo, varias cadenas y anillos y muchos vestidos, no solamente para ella, sino también para la esposa de Gilbert Curle y su niña, de quien María Stuard había sido madrina. A Gille Mowbray regaló un escabel de terciopelo y su guitarra. «No puedo hacer otra cosa por vosotros,» dijo á sus consternados servidores.

Ordenó que se vendiesen después varios objetos para que con su producto pudiesen pagarse el viaje: tales fueron algunos ricos vestidos bordados de

perlas, una pieza de paño de oro y una tapicería que representaba la historia de Meleagre.

Antes de amanecer llamó á Gorion y le dijo: «Os he dado una carta para el Embajador Mendoza. ¿Qué haríais si no pudiéseis entregársela?» Y al contestarla Gorion que en tal caso iría él mismo á Madrid para ponerla en las manos del Rey de España, «Está bien—le contestó:—ofrecedle este anillo con un diamante, y recordadle que muero por la fe católica, y decidle que le recomiendo mi hijo y la causa de los católicos ingleses.» Este mismo anillo es el enviado por Felipe II al relicario del Escorial. No estaría de más averiguar si se conserva allí. Bien lo merece tan histórica alhaja.

Aun cuando se quemó todo cuanto regó y empapó con su sangre generosa la víctima inocente, es probable, dice Lettenhove, «que el verdugo á precio de oro permitiese á sus servidores recoger los objetos que llevó el día de su suplicio: el rosario y el Crucifijo pendiente, que fueron llevados á la Condesa de Arundel; su cadena de oro, su velo y su camisa, que en 1688 pertenecían á su nieto Jacobo II; su libro de horas, que fué donado por el Arzobispo de Cambray á Carlos X, etc.»

Powlet, que penetró en el oratorio donde la Reina había pasado su última noche, recogió algunas alhajas, retratos de su hijo y de Príncipes de su casa, y un libro donde escribió la misma María Stuart: *DESUS MES VESTEMENTS ILS ONT JETTE LE SORT.* (Labanoff, tomo VII, pág. 346.)

Al celebrarse en 1887 en Petersborough el tercer centenario de su suplicio y muerte, se hizo una exposición conmemorativa exhibiéndose el sillón que usó en su cautiverio, mientras duró lo que pudiéramos llamar capilla en Fotheringay.

El velo y el Crucifijo que llevó al patíbulo (sería el de marfil que llevaba en la mano).

El guante que donó á Davell en el momento de poner la cabeza sobre el tajo.

Un rizo de sus cabellos guardado en medallón de oro y plata.

Y una preciosa colección de retratos antiguos auténticos, y otros modernos suyos y de su hijo Jacobo I.

C

Venida á Madrid del Príncipe de Gales.

Cuando el proyectado y fracasado intento de las bodas de nuestra Infanta Doña María con el Príncipe Carlos, heredero de la Corona de Inglaterra, en 1623 presentóse el pretendiente en nuestra capital con séquito brillante y numeroso, descollando en primer término su favorito, Milord Duque de Buckingham.

No quedó en zaga en cuanto á lujo, boato y esplendidez se refiere, la magnífica corte del galán Felipe IV; que por derroche, rumbo y dinero nunca hemos de quedar mal los españoles, siquiera sea con el sistema preconizado por un Alcalde rural al asombrado Fernando VII: «No se asuste V. M. por estas brillantes fiestas en pueblo tan ruín y pobre, que al honrarnos Vuestra Real Persona, hacemos lo que debemos, por más que debemos todo cuanto hemos hecho.»

Ello es que son infinitas las *Relaciones* impresas de los festejos de toda clase con que obsequiamos al Príncipe de Walia ó Ubalia, como en muchas de ellas reza; pero la más completa y extensa se contiene en un abultadísimo folio de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (1). Es curiosa y está inédita: «escribióla Diego de Soto y Aguilar, criado de las Majestades de el Rey D. Phelipe quarto el Grande y de su hijo D. Carlos segundo, Reyes de los dos Mundos hispánicos, furrier y aposentador de las tres guardias: Española, Amarilla vieja y de á Caballo de su Real Persona.»

Descríbese en ella con toda prolijidad la «Entrada del Príncipe.—Las fiestas primeras de toros.—Las segundas.—La máscara festiva que hizo su Excelencia del señor Almirante de Castilla D. Juan Alfonso Henríquez.—Las fiestas Reales y juego de cañas que la M. C. del Rey nuestro señor Philipe quarto el Grande hizo y corrió en 21 de Agosto de 1623.—Procesión con todas las Ordenes religiosas, y, por último, la salida para Inglaterra.»

He aquí la lista de los ostentosos y valiosísimos regalos que entre unos y otros mediaron:

S. M. presentó al Príncipe, y en su nombre el Marqués de Flores Dávila, su primer Caballerizo, 18 caballos españoles, seis moriscos, seis yeguas de vientre para casta (si prueban en aquella tierra), y 20 potros encubertados con mantas de terciopelo carmesí, guarnecidas y largueadas de pasamanos de oro y escudo de sus armas, y el uno de ellos con silla de borrenes y los demás aderezos bordados de piedras riquísimas, tan dignas de S. M. como de S. A.; y dos garañones con sus hembras; y una pistola y espada y daga y aderezo de ello de diamantes de grande estimación; y 80 escopetas, igual número de ballestas con que había servido el Duque de Medinasidonia, y la espada y pistola el de Osuna á S. M. Cien espadas escogidas entre todas las de la Corte. Y el Príncipe dió al Marqués de Flores Dávila una joya de diamantes excelente.

Dió también S. M. con la misma persona del Marqués al Duque de Buckingham, 12 caballos españoles, cuatro moriscos, cuatro yeguas, 10 potros encubertados de mantas de terciopelo carmesí guarnecidas de oro; y entre espadas y escopetas 50, y un trencillo de diamantes del valor de 30.000 ducados.

Y al Capitán de la Guardia del Príncipe, que es uno de los más gentiles

(1) G-32 bis, *Tratado á donde se ponen en Epílogo algunas fiestas que se han hecho por casos memorables*, etc.

caballeros y de buen arte que vinieron con S. A., 200 botones de diamantes y cuatro caballos, entre ellos PASAMUROS, que es excelente de excelentes. Otros dos al Conde de Edón. Otros dos al Conde de Arundel, dos al Conde Garler, dos al Barón de Almisor y seis á tres Consejeros, á cada uno dos por ser del Estado y Parlamento, y más de 50.000 ducados de joyas á los caballeros ingleses, que fué dádiva como de tal Monarca.

La Reina nuestra señora presentó al Príncipe 50 pieles de ámbar sin cortar, 150 cabritillas, que tenían de olor gran suma de escudos, y otras cosas; además de que la noche de la llegada de S. A. le envió S. M. un gran presente de ropa blanca, mucha y muy rica, y una rica ropa de levantar de ámbar y otras cosas en unos baulillos de ámbar con cerraduras y llaves de oro.

El Conde de Olivares, después de varias pinturas y otras cosas de menaje de casa riquísimas, sirvió á S. A. con tres sillas de manos, tan ricas como para un gran Rey: la una de concha de tortuga (reservándose dar sólo una al Duque de Buckingham), para servirse de ellas en Londres el Rey su padre, el Príncipe y el Duque.

D. Jaime Manuel de Cárdenas, el cortesano Marqués de Belmonte, le dió cuatro caballos berberiscos, y S. A. mandó dar al que los llevó una cadena lucida.

Fueron dos veces S. M. y A. á despedirse de la señora Infanta y demás Personas Reales al Monasterio de las Descalzas, por tantas razones grande, donde SS. AA. con lágrimas de gozo fueron agasajados, y el Rey nuestro señor mandó que entrasen con él el Marqués de Villena, el Príncipe de Esquilache y otros señores que tenían hermanas é hijas en él, y S. A. dió al Príncipe escritorios de olores, flores y cosas de curiosidad y riqueza.

Volvieron otro día en su coche S. M. con Buckingham y Milord de Derbi, S. A. con el Duque del Infantado y el Conde de Olivares, y por la noche se publicaron las dádivas y mercedes de S. A.

Al Rey nuestro señor un aderezo de espada guarnecido de diamantes: el Rey le dió á quien le trajo una joya de gran valor.

A la Reina nuestra señora un diamante grande, y tan limpio, que le tienen por de 20 quilates, y un triángulo y dos arracadas de diamantes. S. M. la Reina dió al Guardajoyas que lo llevó 3.000 escudos.

A la señora Infanta una sarta de 250 perlas grandes, calabazales, de media perfección y á cinco quilates, y una áncora con un diamante que no se atrevieron á tasarle, y dos perillas para las orejas de valor inestimable, y otras dos perlas para ellas muy grandes.

A las dos Camareras Mayores, Duquesa de Gandía y Condesa de Lemos, y á los Mayordomos Mayores Duque del Infantado y Conde de Benavente, joyas de diamantes; y el Duque dió 500 ducados á quien lo llevó.

Al Conde de Olivares un diamante grande que llaman el portugués, porque dicen era del Rey D. Sebastián; es de ocho quilates y pendiente de una perla de estimación.

A la Condesa de Olivares una cruz de diamantes muy grandes en forma de columna, y á Doña María de Guzmán, su hija, otra joya de gran suma de escudos.

Al Almirante de Castilla, al Marqués del Carpio, al Duque de Híjar, al Marqués de Mondéjar, al confesor del Rey y al Obispo de Segovia, hermosas joyas.

Al Conde de la Puebla del Maestre dió una cadena que tenía 1.117 diamantes y una joya de 47 con un retrato suyo.

Al señor Infante D. Carlos había dado una sortija con un diamante en punta en una jarra, y al Cardenal-Infante D. Fernando un pectoral de diamantes topes y una perla que puede suplir ausencias de la peregrina.

A damas y meninas 17 joyas, y á los gentilhombres, consejeros y pajes, sortijas con diamantes y cadenas.

Pálida idea da esta *Relación* de Soto de la ostentación y el dineral que nos costó agasajar al pretendiente de nuestra Infanta, la que al cabo de tanta discusión y arreglo tanto se quedó, como el adagio dice, compuesta y sin novio.

Agradecida Inglaterra al cariñoso y espléndido recibimiento que á su Príncipe se dispensó en España, nos envió á poco tiempo su escuadra para bombardear á Cádiz.

Y eso que unos cuantos años antes, en 1605, y con motivo de las famosas paces, al venir el Almirante británico á Valladolid, donde como de costumbre echamos la casa por la ventana, nos había dicho Góngora en su célebre soneto:

Parió la Reina: el luterano vino
con seiscientos herejes y herejías;
gastamos un millón en quince días
en darles joyas, hospedaje y vino.

Hicimos un alarde ó desatino,
y unas fiestas, que fueron tropelías,
al ánglico Legado y sus espías
del que juró la paz sobre Calvino.

Bautizamos al niño Dominico
que nació para serlo en las Españas:
hicimos un sarao de encantamento;

Quedamos pobres, fué Lutero rico:
mandáronse escribir estas hazañas
á Don Quijote, á Sancho y su jumento.

Como se ve, de poco ó nada sirvieron los irónicos reparos de este curioso y expresivo soneto.

D

Estado actual de la reliquia.

La cruz se encuentra encerrada en marco moderno de ébano con remates y adornos de bronce y el escudo Real de España. Está incrustada en un fondo de terciopelo azulado y cubierta por un cristal biselado.

Gracias á la bondad de S. M. he podido examinarla á mi sabor y cerciorarme de que mide ocho centímetros de largo por seis y medio de ancho. El Cristo es de esmalte blanco, menos el paño plegado que rodea el divino cuerpo, que es de oro. La corona conserva bastantes restos de esmalte verde translúcido, y las gotas disformes de sangre que manan de las manos, pies y costado del Redentor, no son «piedrecitas imitadas á rubíes,» sino lagrimones de esmalte rojo translúcido.

La cruz conserva huellas del filete de esmalte negro que la circundaba y de azul en el florón superior, compuesto de cuatro volutas, y en los laterales de dos volutas, faltando en todos las virolas ó remates. En la parte inferior falta, no sólo el remate, sino también el florón, pudiéndose apreciar la gota de estaño con que fué soldado al remate de la sacra donde estuvo tantos años: bárbara mutilación que hizo desaparecer en tanto zarandeo la tapa posterior con los pasos de la Pasión en esmalte que cerraba la cruz y el *lignum crucis*, dejando al descubierto la caja ó hueco de la reliquia.

El trabajo, la esmaltación y las letras del INRI, no acusan antigüedad anterior al siglo xvi.

E

Los retratos.

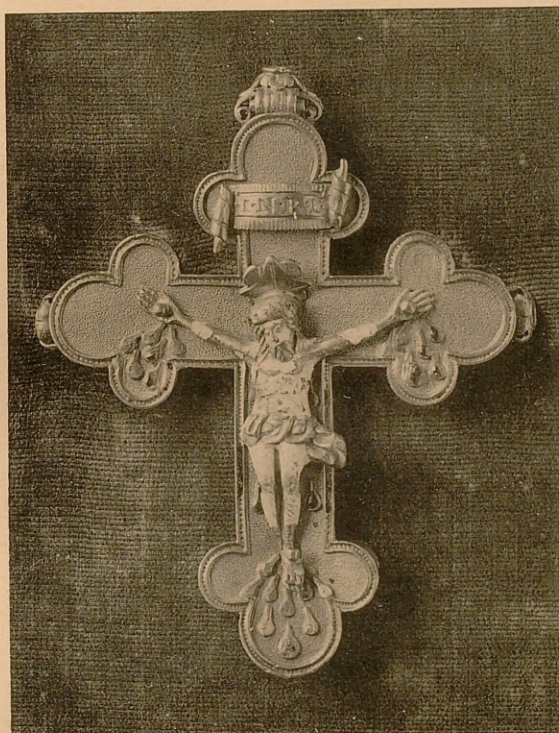
Las efigies de las tres Reinas proceden de la rica colección de estampas de nuestra Biblioteca Nacional.

El de María Stuart, de un grabado hecho por H. Bertoud, tomado del original que se conserva en la Galería Bodleian de Oxford. Todos los accesorios del traje concuerdan con las minuciosas descripciones que del mismo conocemos, con la cofia de crespón blanco y el gran velo de lo mismo, que bajaba hasta los pies, y «al cuello un Crucifijo de oro con la reliquia de la verdadera cruz.» (Lettenhove).

El de Doña Isabel de Borbón es, en la autorizada opinión del competentísimo Padre Barcia, jefe de la Sección de estampas, un raro y primoroso grabado, el mejor que se conoce, y con marcado aspecto velazqueño, de

aquella señora. Hízolo el grabador Francisco Bolaños el año 1644 y figura en la portada del libro titulado EL CRISTAL MÁS PURO REPRESENTANDO IMAGINES DE DIVINA Y HUMANA POLITICA, PARA EXEMPLO DE PRINCIPES, LABRADO DE LAS ACCIONES HEROICAS DE DOÑA ISABEL DE BORBON, REINA DE ESPAÑA, DE FELIZ MEMORIA. POR EL DOCTOR DON JOSEPH MICHELI Y MARQUEZ, CABALLERO IMPERIAL Y VICECANCELARIO DE LA ORDEN COSTANTINIANA.—IMPRESO EN ZARAGOZA EN LA IMPRENTA DEL HOSPITAL GENERAL DE N. S. DE GRACIA.—AÑO 1644.—En 4.º Port. y 22 hojas.

El de S. M. la Reina Regente está tomado de un grabado del notable y conocido artista Sr. Maura.



Fototipia de Hauser y Menet. - Madrid

- EL SANTO CRISTO DE MARÍA STUART



MARIA STUART
REINA DE FRANCIA Y DE ESCOCIA



DOÑA ISABEL DE BORBÓN
REINA DE ESPAÑA



DOÑA MARIA CRISTINA DE AUSTRIA
REINA REGENTE DE ESPAÑA

Fotografía de Hauser y Menet, Madrid

LAS TRES REINAS QUE HAN POSEIDO LA RELIQUIA

*Imprimióse este opúsculo del SANTO CRISTO DE
MARÍA STUART en Madrid, establecimiento
tipográfico de la Viuda é hijos de
M. Tello, impresor de Cámara
de S. M., á veinticuatro
días andados del mes de
Febrero de N. S.
Jesucristo
de 1901
años.*



